

CARICIAS AL BELÉN DE BEGONTE DESDE EL SUR DEL MUNDO

Las ilusiones a veces son tan poderosas que nos regalan realidades mejoradas de nuestros propios sueños. Recuerdo que hace muchos años pensar en Europa era imaginar sitios e historias, que fueron tejiendo nuestro antepasado cultural, que se fusionó con las raíces autóctonas y surgió la universalmente conocida América Latina, que bueno algunos quieren llamar hoy la América Hispana. Me suena bien lo de Hispana, sí porque desde España hace más de 500 años una aventura terminó por dar a este Reino el mayor Imperio de la época. Lo más importante no fue aquello sino que ha sido la herencia de tradiciones, que desde el viejo continente europeo han llegado a América. Pero sin darme cuenta de pronto me convertí en un romano del siglo XX, que también ya se extinguía y daba paso a nuestro siglo, vivía la historia al revés, desde América a España, y el sueño de las ilusiones sobre una tierra misteriosa fueron realidad y ésta superó ampliamente a cualquier frenético pronóstico de emociones.

La Universidad de Santiago de Compostela es coetánea de esta parte del mundo, también hace más de 500 años, proyecta la cultura de Galicia al mundo y Lugo ha sabido ser también cosmopolita. El campus de la USC allí instalado, recibe la visita de profesionales que hemos logrado una beca y con el anhelo de descubrir los misterios de nuestras disciplinas, nos aventuramos en tesis doctorales, que con la ayuda de profesores y catedráticos, van dando forma a espacios intelectuales que se entremezclan con la cultura gallega.

Sencillamente quienes hemos sido lucenses en alguna etapa de nuestras vidas, llevamos por el mundo con el mismo espíritu del gallego inmigrante, cientos de historias de tradiciones que alcanzamos a embeber, a admirar y amar de forma tan entrañable que hemos llegado a unirnos a nuestra tierra y su gente.

Navidad es un tiempo de paz espiritual, de generosidad, de vida familiar y particularmente de recuerdos. En Galicia el Belén de Begonte es un indiscutible sinónimo de ésta, un evento de corta vida si lo comparamos con la milenaria cultura del cristianismo, pero ya fuertemente latente en la tradición. La atención se vuelca expectante sobre este municipio de la provincia de Lugo, que parece ser capital de navidades. Las inquietas miradas buscan los agudos detalles, la aparición de nuevos personajes, los ingeniosos efectos especiales, que simulan logrados espectáculos a la vista. Para mi ha sido imborrable el frío y las calles de piedra iluminadas en la ciudad, el ir y venir de gente, los sonidos de villancicos, la música en la calle, el aroma a chocolate y los churros sumergidos en placentero manjar. Pero particularmente vuestras tradiciones nos marcan de manera irremediable, querer ir cada año a visitar el Belén de Begonte es una demanda del espíritu, curiosidad que no incluye sólo a niños, también a muchos adultos que admiramos el trabajo de un grupo humano que ha dejado una huella en los eventos navideños de España. Es una ilusión, así como el ocaso del verano más que al otoño en Lugo da

paso a las fiestas de San Froilán y las miradas se dirigen hacia el parque de Rosalía, tal cual el invierno no ha llegado si no se han encendido las luces en Begonte, si en el Belén no están los trabajadores de lo cotidiano y en medio de aquel día resumido que vemos en quince minutos, no aparecen los Reyes llevando regalos al Niño Dios que ha nacido en un pesebre humilde y que cada invierno nos abriga el corazón, nos llena de esperanzas de sueños, de fe y generosamente de paz.

En un invierno frío con débiles rayos de sol en una escarchada ciudad yo abandoné Lugo, ese día mi familia gallega y la mía sufrimos en silencio el dolor de un adiós. Recordaba el añochecer en el Belén, luego todo se iluminaba y había terminado la Presentación, también mi tiempo allí había concluido. Me daba cuenta que si bien el afán había sido intelectual, la realidad me había superado, había aprendido mucho, pero sobre todo de la vida en Galicia, particularmente del cariño sincero de una familia y de un hermano y amigos, amigas, de gestos de amor. Cuando se ha vivido aquí, es imposible desear marcharse. Al día siguiente de mi partida se cerraba el Belén y me sentí más que nunca vinculado a él, desde la lejanía buscaba el consuelo y la quietud, la resignación de un adiós, pero también comprendía que al igual que el Belén, nuestras vidas son ciclos, de separación y encuentro, de apertura y cierre, de inicio y término.

Con el tiempo he podido descubrir que nunca dejaré de ser gallego, que una parte de mi vida

quedó allí en Galicia, que vuestras tradiciones son tan fuertes que nos mantienen unidos allá. También así es posible comprender a aquellos otros españoles y especialmente gallegos, que no vinieron a América hace 500 años, sino que lo hicieron durante el pasado siglo. Esta tierra, chilena por cierto, les acogió y seguramente en sus retinas, cada Navidad se dibujaba y dibuja la imagen de Galicia, tal cual como aparece esta noche de verano en mi; aquel sendero entre los árboles, apartándose levemente de la Nacional VI, en ese tramo Avenida de Galicia, en Begonte caminando hacia su Belén, que ya casi se reconoce a esa tierra como Begonte del Belén, entrando a aquel espacio de espectador y viendo ese día en minutos,

ese símbolo de tradición, que no es otra cosa que cultura, la cultura gallega de estos tiempos.

Y en este recuerdo, que seguro comparto con cientos de gallegos fuera, se dibuja siempre una sonrisa, una sonrisa mágica, aunque los ojos se humedezcan con la emoción del recuerdo, pero como las ilusiones los recuerdos son mágicos y existe siempre la posibilidad del reencuentro, imagino que el reencuentro no es otra cosa que esperanza, una esperanza factible porque sabemos que existe y que cada invierno en la Terra Chá habrá un trozo de ilusión, habrá niños expectantes, adultos impacientes y quienes nos sentimos gallegos podremos regresar a Begonte y su Belén.